

RESEÑA

Greenleaf, Floyd. *Tierra de esperanza: El crecimiento de la Iglesia Adventista Sudamericana*. Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2011, 878. ISBN 978-987-567-764-7 (Daniel O. Plenc) 187-192

En una página preliminar, Alberto R. Timm, entonces rector del Seminario Adventista Latinoamericano de Teología (SALT), dice que “*Tierra de esperanza* es la más abarcante y sobresaliente historia de la Iglesia Adventista en el territorio de la División Sudamericana. Con un fuerte énfasis en los elementos de comparación y contraste, la obra posee una riqueza inigualable de informaciones sobre lugares, personas e instituciones que marcaron la expansión adventista en esta parte del mundo. Sin duda, este libro continuará siendo, por muchos años, la principal fuente de investigación para una historiografía del adventismo sudamericano”.

El autor de *Tierra de esperanza* edifica sobre una investigación que había publicado en 1992, titulada *The Seventh-day Adventist Church in Latin America and the Caribbean*, la actualiza y se concentra en el territorio sudamericano.¹ Tiene en cuenta el esfuerzo previo realizado por Héctor J. Peverini en 1988 y va mucho más allá.² Por otra parte, el libro *Misioneros fundacionales del adventismo sudamericano*, se preparó casi

¹ Floyd Greenleaf, *The Seventh-day Adventist Church in Latin America and the Caribbean*, 2 Vol. (Berrien Springs, Michigan: Andrews University Press, 1992).

² Héctor J. Peverini, *En las huellas de la Providencia* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1988).

en el mismo tiempo y se abocó más bien a la presentación de un grupo selecto de biografías.³

Pareciera que el libro divide la historia del adventismo sudamericano en cuatro etapas: (a) desde su comienzo como campo misionero de la Asociación General hasta la organización de la División Sudamericana en 1916; (b) desde esa organización hasta los años 1940 cuando crece el liderazgo autóctono; (c) hasta los años 1980 cuando prevalece la conducción local; y (d) desde entonces al desarrollo contemporáneo. Sin embargo, los 28 capítulos del libro no están agrupados en secciones.

Comienza con una breve descripción geográfica, histórica y demográfica de Sudamérica. Luego relata la introducción del adventismo en el continente, admitiendo la dificultad que existe para rastrear los verdaderos comienzos en la década de 1880 o aún antes. Se habla de publicaciones que despertaron las primeras adhesiones al adventismo, de los laicos y colportores que acrecentaron el interés y de los obreros que dieron forma organizada al trabajo previo. Se mencionan las primeras iglesias en Argentina, Brasil y Uruguay. Greenleaf describe el surgimiento temprano de las instituciones educativas, médicas, de publicaciones y su impacto en el crecimiento interno y externo de la iglesia. Viene el establecimiento de la organización de la iglesia en las costas este y oeste, sus primeras asociaciones y uniones: la Unión Misión Sudamericana en 1901 y la Unión Asociación Sudamericana en 1906. Sigue en seguida la organización de la División Sudamericana (DSA) en 1916 y la presidencia de Oliver Montgomery.

A continuación se procede a describir la década de 1916 a 1926. El autor se detiene en la entrega y el sacrificio de los primeros misioneros, sus dificultades personales y padecimientos debido a desastres económicos, bélicos y naturales. Hace claro que estos aprietos no frenaron el crecimiento de la iglesia, en especial en las áreas urbanas. En esta etapa hay un énfasis en el trabajo realizado en la región andina y selvática de Bolivia y Perú por misioneros como Fernando y Ana Stahl, con el surgimiento de la Misión del Lago

³ Daniel O. Plenc, Silvia Scholtus, Eugenio Di Dionisio y Sergio Becerra, *Misioneros fundacionales del adventismo sudamericano* (Libertador San Martín, Entre Ríos: Editorial Universidad Adventista del Plata, 2012).

Titicaca que llegó a reunir al 40 % de los miembros de la División. En la misma década 1916-1926 hay una alusión al crecimiento de las instituciones: las casas editoras de Brasil y Argentina, el Sanatorio Adventista del Plata, y la obra sanitaria en Perú y Brasil. A la obra educativa del mismo período se dedica un capítulo aparte para hablar del Colegio Adventista del Plata, del colegio chileno y las escuelas de capacitación en Brasil y Perú. Se considera digno de mención el esfuerzo por el “autosostén” de la obra impulsada por el presidente de la DSA, Carlyle B. Haynes, así como su acento en la evangelización de las ciudades. Comienza a ocupar un lugar destacado en este sentido el pastor Walter Schubert, sin olvidar el enorme servicio prestado por Leo B. Halliwell y su esposa en el Amazonas. La crónica se hace eco del impacto de la gran depresión sobre las finanzas del campo. De allí el libro se orienta al progreso de la educación, ahora en los años 1926-1941, considerándose esta rama de la obra como central a la misión de la iglesia. Se reconocen problemas en esta línea tanto en Argentina, como en Chile, Perú, Bolivia y Brasil. Antes de dejar esta etapa, el autor enumera la ampliación de servicios y programas, sobre todo en el área de salud. El problema en las instituciones de salud pasaba muchas veces por las limitaciones legales que se imponían a los médicos extranjeros y la escasez de profesionales locales. Se habla adicionalmente de las editoriales y de las fábricas de alimentos saludables. Llama la atención al surgimiento de las sociedades de misioneros voluntarios.

A partir del capítulo 16 comienza la descripción de los años 1940 en adelante con los efectos producidos por la Segunda Guerra Mundial. Continúa la evangelización urbana con Walter Schubert y sus colegas, asimismo en la selva con las lanchas misioneras y por medio de la radio con Braulio Pérez Marcio, Roberto M. Rabello y otros. Viene la posguerra con nuevas instituciones médicas en Brasil, Bolivia, Perú y Argentina. Es un tiempo de cambios de categoría para las instituciones educativas que ahora ofrecían cursos oficiales y carreras terciarias. Un capítulo se dedica a la explosión de la membresía como fruto de la evangelización entusiasta de la posguerra. Nombres como los de Arturo Schmidt, Carlos Aeschlimann, Salim Japas, Antonio Arteaga, Alcides Campolongo, Enoch de Oliveira, Daniel Belvedere, entre muchos otros, se suman a los anteriores. Se comenta brevemente el traslado de la sede de la División de Buenos Aires a Montevideo y luego a Brasilia, además de la elección del

primer presidente local de la División, Enoch de Oliveira. Del período 1950-1980 se toma el desarrollo de las escuelas de capacitación y de la educación superior acreditada. El ministerio médico cuenta con nuevos avances a lugares como Paraguay, Ecuador, el norte de Brasil y Perú. Argentina tuvo tres instituciones nuevas en los años 1960. Hubo un novedoso programa de penetración con lanchas misioneras, un servicio aéreo y clínicas móviles. A las fábricas de alimentos Superbom, Granix, Frutigrán, etc., se sumaron los restaurantes vegetarianos. En esta etapa avanzó el movimiento de jóvenes con sus congresos y clubes de conquistadores que proliferaron en los años 1970.

La narrativa se traslada finalmente a los años que siguieron a 1980, considerados de “la mayoría de edad”, bajo la presidencia de otro local, Joao Wolff. Resalta aquí la tarea humanitaria de la iglesia en Sudamérica con la Obra Filantrópica y Asistencia Social Adventista (OFASA) y la Agencia Adventista de Recursos Asistenciales (ADRA). Un gran trabajo social se venía haciendo especialmente en Chile y Perú. A partir de los años 1980 la División Norteamericana deja de ser la más grande, para ceder ese lugar a Interamérica y Sudamérica. Es también una época de dificultades económicas, políticas y en relación con los misioneros extranjeros. La División continuó con su impulso misionero adoptando los programas conocidos como “Mil días de cosecha”, “Cosecha 90”, “Misión global” y otros planes locales. Misión global puso atención a ciertas minorías del continente, como japoneses, menonitas, indígenas, gitanos, etc. La evangelización satelital, desde los años 1990, dio nuevo alcance a la predicación. Surgen nuevas uniones y misiones. Una consideración especial recibe el programa de “Evangelismo integrado”, como síntesis y culminación de todos los esfuerzos misioneros de la iglesia. Otros programas exitosos habían sido las reuniones de Semana Santa y del día de los muertos, el Proyecto Pionero, las caravanas de la esperanza y la evangelización satelital. Una herramienta básica constituyen los grupos pequeños y varios planes propuestos por Erton Köhler como presidente de la DSA desde 2007: Impacto Esperanza, Hogares de Esperanza y otros. El Ministerio Joven movilizó encuentros cada vez mayores de jóvenes y conquistadores. Se reconoce, en esta etapa, la importancia que el adventismo sudamericano ha dado a la salud pública y al bienestar social. Cuatro instituciones médicas venían surgiendo cada década, además de los novedosos Centros de Vida

Sana. Continuó el ministerio de los alimentos saludables con Superbom de Brasil y Gránix de Buenos Aires. La ayuda humanitaria se amplió con la nueva agencia adventista denominada ADRA. Los capítulos finales dan cuenta de los avances en el área de comunicaciones, publicaciones y educación. Antiguos programas como *La voz de la esperanza/profecía* conducidos desde los años 1940 por Braulio Pérez Marcio y Roberto Rabello. El programa *Una luz en el camino* creado por Enrique Chaij se difundió por radio y televisión. Las nuevas tecnologías permitieron logros mayores, como la cadena de emisoras Nuevo Tiempo y los Servicios Satelitales Adventistas (ADSAT). La Asociación Casa Editora Sudamericana (ACES) ha provisto de publicaciones a los siete países de habla hispana y ha preparado materiales misioneros en grandes cantidades; lo mismo ocurrió con la Casa Publicadora en Brasil. Al mismo tiempo debe reconocerse la insuficiente cantidad de colportores regulares en el territorio. Un éxito creciente acompañó la publicación de libros didácticos desde los años 1980. Queda constancia del interés demostrado por la educación primaria y secundaria, tanto como el éxito en la educación superior con el surgimiento de universidades en Perú (1983), Argentina (1990), Chile (1990), Bolivia (1991), etc. También la creación del Seminario Adventista Latinoamericano de Teología hizo posible desde 1981 el ofrecimiento de posgrados en teología. Unido a esto la creación de Centros de Investigación White en Argentina (1979), Brasil (1987), Perú (2009) y de nuevo en Brasil (2011). Otro aporte reconocido al desarrollo de la teología han sido los Simposios Bíblico-teológicos Sudamericanos desde 1998 y las revistas teológicas especializadas. El capítulo final propone un momento de reflexión para contemplar el cambio que se ha producido desde que Sudamérica fuera considerado un continente descuidado.

El libro incluye un álbum de fotografías, la bibliografía completa y un índice general alfabético, completando 878 páginas de texto.

Floyd Greenleaf ha mostrado una vez más su cualidad de historiador formado e informado. Su trabajo ya era conocido por los lectores hispanos a raíz de sus libros *Portadores de luz* (en coautoría) del 2000 e *Historia de la educación adventista* del 2010. Posee la facultad de presentar los datos en forma amena y de analizarlos con suficiente objetividad. Las fuentes bibliográficas citadas al final de cada capítulo

son abundantes. El autor sigue la tendencia regular de comenzar su historia con la llegada del pastor F. H. Westphal en 1894, aunque reconoce la presencia de misioneros laicos y colportores desde cuatro años antes. Es evidente su admiración por algunos misioneros como Walter Schubert y, por lo contrario, tal vez insiste demasiado en cuestionar los resultados perdurables de la obra de Stahl en el Altiplano.

El libro es, a todas luces, extenso y detallado; en algunas casos tal vez en exceso, en especial al destacar asuntos financieros y organizacionales. Será naturalmente un material de consulta permanente para los estudiosos del adventismo, aunque es probable que su amplitud dificulte un poco su lectura y difusión. Aunque el escritor tiene la limitación de no ser de estas tierras y no tener un conocimiento directo de las cosas que cuenta, seguramente será apreciado por todos aquellos que tengan interés en el tema, en la búsqueda de información e inspiración por parte de muchas personas dentro y fuera de los ambientes académicos.

Daniel Oscar Plenc

Universidad Adventista del Plata, ARGENTINA
